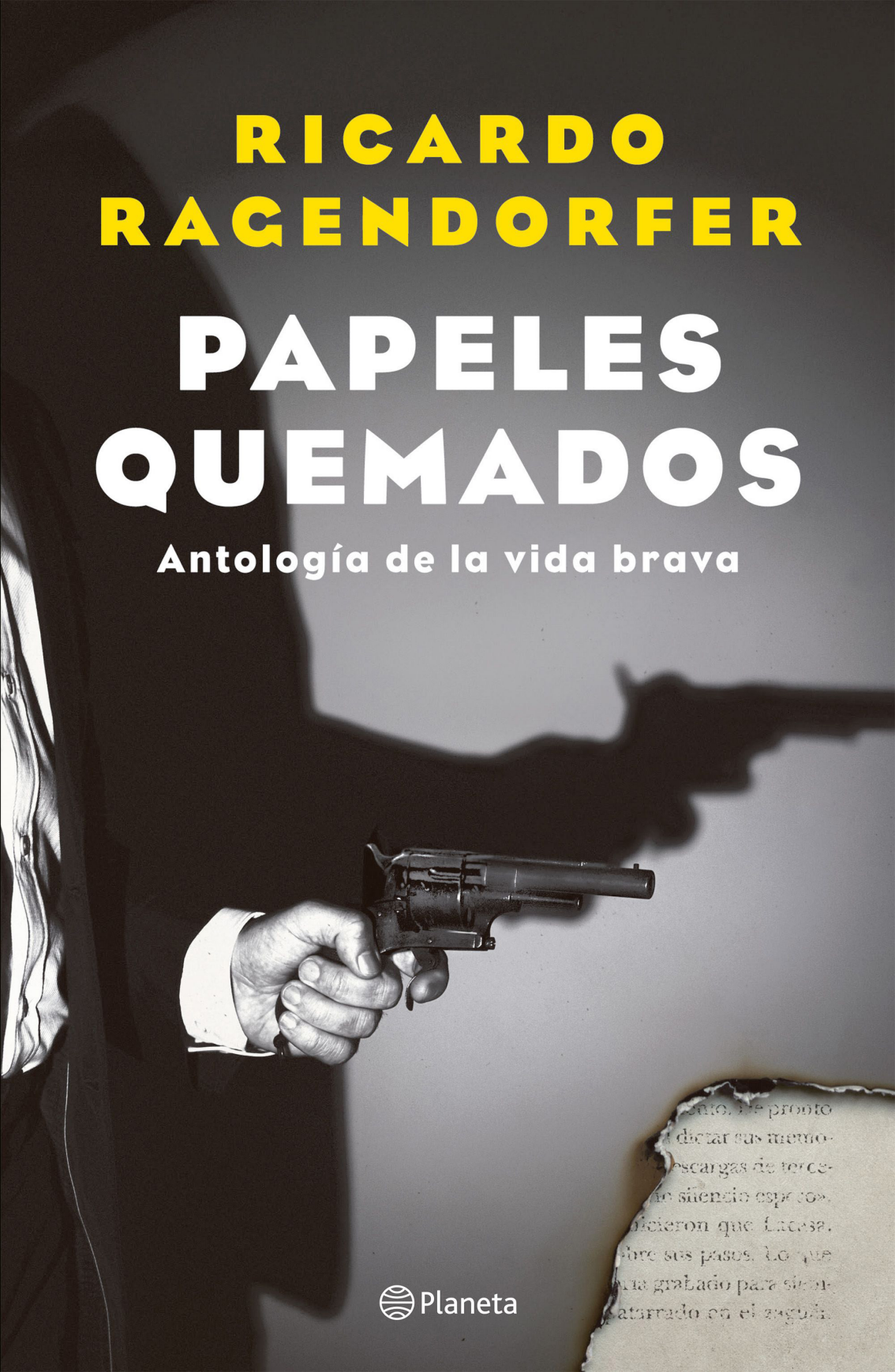


**RICARDO
RACENDORFER**

PAPELES QUEMADOS

Antología de la vida brava



 **Planeta**

...ento. Me pronto
...dictar sus memo-
...descargas de torce-
...en silencio espere co-
...hicieron que Lacasa.
...bre sus pasos. Lo que
...ya grabado para siem-
...atarrado en el zaguán.

RICARDO RAGENDORFER

PAPELES QUEMADOS

Antología de la vida brava

 Planeta

Índice

<i>Prólogo</i>	11
1. Manuel Rodríguez, el espía de San Martín	15
2. Nuevo romance de la muerte de Juan Lavalle ...	21
3. Felicitas, la fantasma	28
4. Las moscas deladoras	35
5. Alexander Alekhine en jaque	41
6. Facha Bruta fue más que una cara bonita	49
7. El enemigo público	55
8. GGG, una vida al servicio de la tinta roja	64
9. Cuadros pintados con sangre	72
10. «El Loco» Prieto en su laberinto	78
11. El policlínico de la «mala praxis»	85
12. El asesinato del Che: historia de una primicia ..	92
13. El club de los 64 casilleros	98
14. La fuga tupamara	106
15. Trelew, la fuga ensangrentada	112
16. Bonavena en el último round	120
17. El secuestro que no fue	128

18.	El doctor Muerte	135
19.	Massera: el galán de los hogares	143
20.	Milivoje Pesic: marinero en aguas turbias	152
21.	Elena tiene pena de bandoneón	160
22.	Pinchevsky y la muerte en clave de chiste	168
23.	Oriel Briant y la bitácora de su femicidio	175
24.	Un catequista se confiesa	183
25.	Giovanni Ventura: del trotyl a la mozzarella	191
26.	La ley del garrón	199
27.	La envenenadora de General Villegas	206
28.	Despertar de mal humor	213
29.	La ruta del dinero «Y»	219
30.	El hilo se corta por lo más «Fino»	228
31.	El cuentapropista de la limpieza social	236
32.	El pasado siempre vuelve	243
33.	El largo adiós de Alfredo Pesquera	250
34.	La bestia pop	258
35.	La pinacoteca envenenada	265
36.	Una deuda con Juan Forn	272
37.	El hijo pródigo	278
38.	Susana y la danza de su fortuna	284
39.	El guía intelectual de Victoria Villarruel	292

1

Manuel Rodríguez, el espía de San Martín

Una postal de la emancipación americana. Era un mediodía veraniego de 1816 en la ciudad de Santiago cuando un carruaje con armazón de fresno y apliques plateados atravesó la Plaza de Armas para frenar en la explanada del Palacio de los Gobernadores. En aquel instante, un pordiosero cojo se abalanzó sobre el vehículo para abrirle la puerta a la máxima autoridad de la Corona española en Chile, don Casimiro Marcó del Pont. Y tras ser retribuido por el servicio con una moneda de cobre, tartamudeó un agradecimiento antes de esfumarse de allí con su andar incierto.

El representante de Fernando VII estuvo lejos de imaginar que ese ser andrajoso era nada menos que el mejor agente secreto del general José de San Martín. Su nombre: Manuel Rodríguez Erdoíza.

He aquí la historia olvidada de un personaje hecho con fragmentos. Y la aún hoy misteriosa trama de un crimen urdido desde las sombras de una epopeya revolucionaria.

El zorro latinoamericano

En octubre de 1814 hubo un exilio en masa de patriotas chilenos a Mendoza tras el Desastre de Rancagua. Así se llamó la derrota infringida por las tropas realistas al ejército de la Patria Vieja y que puso fin a su proceso independentista. Entre los recién llegados estaba Rodríguez.

Era un abogado de apenas 29 años que había sido ministro de Hacienda del gobierno antimonárquico de José Miguel Carrera, además de su secretario. Pero no fue recibido en el territorio argentino con los brazos abiertos debido a la enemistad del mandatario depuesto con el general Bernardo O'Higgins, a quien había preferido San Martín para consumir su proyecto de liberación en el Alto Perú. Por lo tanto, su destierro estuvo signado por penurias económicas y el silencio político que le impusieron sus anfitriones.

Hasta que un día abordó a San Martín con la siguiente propuesta:

—Antes de que la nieve tape la cordillera volveré a Chile. De allí puedo enviarle la información que usted tanto necesita...

—¿De qué está hablando? —dijo el general, algo perplejo.

Su interlocutor entonces le soltó de corrido:

—Del estrepitoso fracaso de sus espías. De los cadáveres que le manda Marcó del Pont.

Rodríguez no exageraba: el gobernador español solía enviar los ataúdes de agentes sanmartinianos a la base del Ejército de los Andes en El Plumerillo. Lo que se dice, acción psicológica.

El joven abogado insistía:

—Permítame ayudarle. Yo sé la gente que necesita la causa. ¡Créame!

—¿A qué gente se refiere?

—Vea, estoy hablando de campesinos, arrieros, salteadores de caminos, cantores y sirvientas. Ellos conocen la geografía mejor que nadie. También se enteran de los secretos de Palacio. Y pueden llegar al corazón de los Talaveras sin ser descubiertos...

Se refería al batallón policial de la Corona, los perros del gobernador. Ellos habían levantado una horca en la Plaza de Armas. Y toda persona que alzara la voz corría peligro de muerte. En Chile reinaba el terror.

Un sexto sentido hizo que San Martín confiara en Rodríguez, a pesar de la enorme contrariedad que esto causó en O'Higgins y también en Bernardo de Montea-gudo, quien lo asesoraba en sus planes.

De modo que le encargó la tarea de organizar una fuerza clandestina en la retaguardia del enemigo con un objetivo múltiple: preparar una insurrección popular que coincidiera con la ofensiva del Ejército de los Andes, dedicarse al hostigamiento permanente de las tropas del gobernador y poner en marcha un servicio de inteligencia.

A comienzos de 1815, Rodríguez cruzó la cordillera para adentrarse en su propia leyenda. Se movía como un fantasma por peligrosas rutas. Al llegar a Santiago tomó el camino de Apoquindo para dirigirse hacia el Convento de los Dominicos, donde estableció su base operativa.

Desde entonces, con ropaje de mendigo fingía pedir limosna de casa en casa para así encubrir las citas con

sus contactos; él era como un camaleón que pasaba inadvertido con variados disfraces: limpiador de acequias, vago, huaso, vendedor ambulante, cura, viejo, monaguillo, peón, hacendado y borrachín. Así manejaba su red de espías.

En paralelo supo relacionarse con arrieros y bandidos; el más célebre de estos últimos fue José Miguel Neira, alias «el Huaso», un hampón de temible reputación. Es en medio de aquellos hombres donde Rodríguez consolidó su popularidad. Junto con esa montonera de sesenta cuatreritos no demoró en emprender una guerra de guerrillas contra las tropas realistas en las zonas de Colchagua, San Fernando y Curicó.

En tales circunstancias, Rodríguez mostró sus dotes de estrategia militar. Durante los ataques nocturnos a las guarniciones españolas se escuchaba su voz: «¡Que avance la artillería! ¡Qué se muevan los cañones!». Pero lo que sus combatientes realmente movían eran rastras de cuero con piedras que imitaban el ruido del rodado de los cañones, lo que causaba el pánico del enemigo.

También acostumbraba a poner en circulación sus propios dobles; es decir, varios Manuel Rodríguez que se desplazaban por el norte y el sur para confundir y perturbar a los uniformados de la Corona. De hecho, esas tácticas dieron sus frutos: Marcó del Pont estaba desesperado al punto de prohibir por decreto el andar a caballo desde el Maipo al Maule.

Al comienzo de 1817, durante una recepción ofrecida por el gobernador en su residencia, este departía con el marqués de Casablanca, recién llegado de la Madre Patria en misión oficial. Y sus palabras fueron: «Pierda

cuidado, porque los insurgentes han sido borrados del reino. Y solo van quedando algunos bandoleros en el sur. Pero nuestros Talaveras se encargarán de ellos».

El marqués se mostró gratamente sorprendido.

Nuevamente Marcó del Pont estuvo lejos de imaginar que ese hombre almibarado no era otro que Rodríguez.

Mientras tanto, el Ejército de los Andes ya avanzaba hacia Chile.

La revolución permanente

Exactamente al mes de iniciado el cruce cordillerano, la victoria de Chacabuco puso fin en Chile a la dominación española. O'Higgins fue nombrado director supremo. Su relación con Rodríguez se tornó vidriosa. Y eso se agravó con el fusilamiento del bandolero Neira.

Además, O'Higgins acusaba a Rodríguez de alborotador. Su respuesta fue: «Soy de los que piensan que los gobiernos deben cambiarse cada año a lo más. Si fuese director y no encontrase quien me hiciera la revolución, me la haría yo mismo».

El 19 de marzo de 1818 ocurrió el ataque español a las fuerzas chilenas en Cancha Rayada. O'Higgins fue dado por muerto y la independencia pendía de un hilo. Rodríguez entonces asumió la suma del poder y se puso al frente de la resistencia al grito de: «¡Aún tenemos patria, ciudadanos!».

Su iniciativa —apuntalada con la creación de los Húsares de la Muerte, una milicia de doscientos hombres— logró contener el asedio realista en Santiago.

En realidad, O'Higgins estaba vivo y coleando, aunque herido.

Entonces Rodríguez le devolvió el mando de la república y se puso a su servicio. Un gesto no correspondido: O'Higgins ni siquiera supo valorar su rol en los recientes acontecimientos y lo sometió al ostracismo.

El 5 de abril, la victoria de San Martín en Maipú consolidó para siempre la independencia chilena.

Poco después, Rodríguez osó entrar a caballo al patio del Palacio de los Gobernadores para increpar a O'Higgins por el fusilamiento en Buenos Aires de los hermanos José Miguel y Luis Carrera. Ese día terminó en un calabozo del cuartel de los Cazadores de los Andes. Semanas más tarde, un batallón de aquel cuerpo —al mando del coronel argentino Rudecindo Alvarado— inició su traslado hacia la lejana cárcel militar de Quillota.

Dicen que la noche anterior, en el mayor de los secretos, O'Higgins se reunió con Monteagudo para decidir la suerte del díscolo patriota.

En la mañana del 26 de mayo, tras pernoctar en Polpaico, la caravana que llevaba al prisionero se detuvo en el paraje Tiltil. Allí, Manuel Rodríguez fue asesinado por la espalda a tiros de fusil.

■ 15 de diciembre de 2023

2

Nuevo romance de la muerte de Juan Lavalle

Su nombre completo era Juan Galo de Lavalle. Y en 1814, siendo teniente de las tropas del Directorio de las Provincias Unidas del Río de la Plata combatió al general José Gervasio Artigas durante el segundo sitio de Montevideo. Ese fue su bautismo de fuego.

A partir de entonces, su carrera militar y política fue ascendente.

En 1828 derrocó al gobernador de Buenos Aires, Manuel Dorrego, antes de vencerlo en la batalla de Navarro y ordenar su fusilamiento.

En aquel entonces, Juan Bautista Alberdi, un muchacho de apenas 18 años, seguía con suma atención el desarrollo de los acontecimientos.

Se trataba de un ávido lector de Montesquieu. Y para canalizar su visión del mundo, se identificaba con la causa unitaria.

Una década después, durante una mañana otoñal, marchó al exilio. Y ya en el bote que lo arrimaba al bergantín

a punto de zarpar hacia Montevideo, se permitió un gesto cargado de teatralidad: arrojar al agua la divisa punzó que el régimen rosista hacía usar a los ciudadanos.

Entre las múltiples ocupaciones que desplegó en esa ciudad resalta la de secretario del general Juan Lavalle, quien estaba sumido en los preparativos de su ofensiva bélica contra Juan Manuel de Rosas.

Alberdi se sentía un espectador privilegiado de la Historia.

Pero el vínculo entre ellos fue difícil, dado el pésimo talante del militar y su tozudez política. En resumen, la simpatía de Alberdi por el ideario de la Revolución francesa chocaba con las fantasías napoleónicas de Lavalle. De modo que ese lazo laboral no fue duradero.

Aun así, el 2 de junio del año siguiente Alberdi acudió a la Puerta de la Ciudadela para ver a Lavalle partir hacia la isla Martín García al frente del Ejército Libertador, una fuerza de casi 3 000 hombres que batallaría contra los federales. Fue la última imagen del general que él se llevó a los ojos.

Disparos al amanecer

Lo cierto es que Lavalle creía estar bendecido por la Providencia. Semejante pálpito se derrumbó como un castillo de naipes al ser derrotado, dos años más tarde, por el general Manuel Uribe en la batalla de Faimallá, en Tucumán.

A partir de entonces inició una larga marcha hacia la nada. Únicamente conservaba doscientos hombres

extenuados. Su propia estampa alta y rubia lucía declinada. Poco quedaba del héroe de Ituzaingó, Riobamba y Maipú. Frágil de salud y remordido por el fusilamiento de Dorrego, el general estaba por cumplir 44 años cuando se acercó con su milicia a San Salvador de Jujuy. Corría el 8 de octubre de 1841.

Esa noche de cielo encapotado la tropa quedó acampada en las afueras de la ciudad al mando del coronel Juan Esteban Pedernera.

Lavalle avanzó hacia el casco urbano para pernoctar bajo algún techo, a sabiendas de que la autoridad unitaria había puesto los pies en polvorosa. Lo acompañaban su edecán, Pedro Lacasa, el secretario civil, Félix Frías, dos oficiales y ocho soldados. Allí también estaba Damasita Boedo, su soldadera, una despampanante pelirroja que encubría sus curvas con ropaje varonil.

San Salvador era la viva imagen de la desolación y el presagio. Lavalle y los suyos encontraron refugio en el viejo caserón de la familia Zerranuza, abandonado unos días antes por el delegado unitario, Elías Bedoya, ahora en desaforada fuga.

El general y Damasita se instalaron en el dormitorio que enfrentaba al segundo patio. Frías y Lacasa, en una habitación pegada al zaguán. Otra fue ocupada por los dos oficiales. Y los soldados se tendieron en el primer patio. Menos el centinela, apostado junto al portón de cedro macizo.

Al clarear se detuvo ante aquella vivienda una partida federal de quince jinetes al mando de Fortunato Blanco. Buscaban a Bedoya sin imaginar quién realmente se alojaba allí.

El centinela atrancó el portón y dio la voz de alarma. Lacasa y Frías se lanzaron al dormitorio de Lavalle. El edecán exclamó:

—¡Los enemigos están en el portón, general!

—¿Qué clase de enemigo son? —quiso saber Lavalle.

—Son paisanos —respondió Frías.

El secretario evitaba mirar a Damasita con poca ropa, casi desnuda.

—No hay cuidado. Manden a ensillar, que nos abriremos paso —fueron las palabras de Lavalle mientras comenzaba a calzarse las botas.

Sobre la mesita de noche estaba su pistolón francés. Y él lo observó de soslayo. Damasita, desde el lecho, también.

Lacasa y Frías fueron hacia el fondo para buscar los caballos.

Frías se apresuró en partir en su cabalgadura por la salida posterior para avisar a Pedernera lo que sucedía. Sin embargo, sufrió una demora por eludir la posición de la patrulla atacante.

Mientras tanto, en el acampe tropero —a medio kilómetro— prevalecía la incertidumbre; hasta allí había llegado el griterío de los federales. Pedernera entonces ordenó a los soldados ponerse en movimiento. De pronto —tal como lo consignaría él en 1886, al dictar sus memorias—, fueron audibles a lo lejos «tres descargas de tercera seguidas de otra distinta; luego, un silencio espeso».

Aquellos mismos estruendos hicieron que Lacasa, aún en los palenques, volviera sobre sus pasos. Lo que vio en el siguiente instante quedaría grabado para siempre en sus retinas: Lavalle despatarrado en el zaguán

con la garganta destrozada en medio de un charco de sangre, y las convulsiones del final. A centímetros de la mano izquierda yacía su pistolón.

Solo Damasita estuvo con él en el momento de los disparos. Y seguía ahí, semidesnuda.

Lacasa la cubrió con su capote.

Los federales ya se habían alejado.

La marcha fúnebre

Desde ese preciso momento, el tiempo empezó a transcurrir con una lentitud exasperante. Y el silencio era sepulcral.

Algunos soldados rodearon el cuerpo. Otros estaban ante el portón con los ojos clavados en la cerradura rota que uno de ellos señalaba con un dedo. La escena parecía congelada. Y sin palabras se dio por sentado que un balazo de tercerola la había atravesado para impactar en el cuello del general.

Su cadáver quedó en el caserón, mientras la tropa reiniciaba el repliegue hacia el Alto Perú. Pero, súbitamente, Pedernera detuvo la marcha y mandó a dos soldados y un teniente a rescatarlo. Ellos volvieron con el muerto cargado en su caballo. Un poncho le hacía de mortaja.

Durante la travesía, por la mente de Frías desfilaron postales dispersas sobre su última etapa junto a Lavalle. Una etapa difícil de descifrar, en la que sus actitudes, reacciones y reflejos ya resultaban inquietantes. Entre estas, su inclinación por desatender las responsabilidades militares para entregarse a los placeres de la carne.

Como cuando —aún muy afectado por la derrota de Quebracho Herrado— se recluyó en una hacienda de Catamarca para compartir con la bella Solana Montemayor —esposa del gobernador riojano, Tomás Brizuela— cuatro días y noches sin salir de la cama, mientras sus oficiales, desesperados, iban y venían de un lado a otro de la puerta a la espera de instrucciones.

En aquella circunstancia, Frías le dijo a Pedernera:

—La causa de la libertad, señor coronel, se pierde por las mujeres.

La respuesta fue:

—Hay algo peor, don Félix: durante la batalla él se colocaba tan cerca de las líneas de tiro, que parecía buscar la muerte.

Es posible que Frías evocara tal diálogo durante esa mezcla de huida lenta y procesión fúnebre. Y quizá entonces haya volteado la vista hacia el caballo cargado con el cuerpo del general bajo una nube de moscas. El sol abrasador no favorecía su conservación.

Damasita cabalgaba a una distancia prudencial.

Frías enfocó su mirada en ella.

Fruto de una aristocrática familia salteña, esa mujer de 23 años era hija del coronel José Boedo y Aguirre, sobrina del diputado Mariano Boedo y hermana de José Félix Boedo, un joven federal fusilado con un tío materno en vísperas al desastre de Famaillá por orden de Lavalle. Y a pesar de la súplica de clemencia llorada por Damasita.

Pero luego se le presentó otra vez, para decir:

—Quiero seguir tus ejércitos. ¡Soy unitaria!

El amor entre ellos tuvo esa penumbra.

Frías —que no comulgaba con la idea del tiro que atravesó la cerradura— seguía observando a la soldadera del general.

Solo Damasita —pensó él— atesoraba el misterio de su muerte. ¿Acaso lo vio infringirse ese desenlace o fue ella la llave vengadora de su final?

La travesía fue tortuosa. Por su avanzada descomposición, al cuerpo de Lavalle hubo que desencarnarlo en el poblado de Huancalera. Pero los huesos —debidamente lavados—, la cabeza —envuelta en un pañuelo muy ajustado— y el corazón —sumergido en aguardiente— fueron llevados a fines 1842 a la ciudad trasandina de Valparaíso.

Fue precisamente allí donde Juan Bautista Alberdi supo los detalles del final de Lavalle por boca de Frías.

Ambos por entonces estaban exiliados en Chile.

Damasa jamás volvió a Salta. Y murió con su secreto en 1880.

■ 3 de febrero de 2024